

Dido

REINA DE CARTAGO

ISABEL BARCELÓ CHICO

Dido. Reina de Cartago

© Isabel Barceló Chico, 2009

<http://mujeresderoma.blogspot.com>

SalmaiaLit Agencia Literaria (www.salmaialit.com)

© Actis production S.L., 2009

Es ediciones

C/ Argumosa, 37- 3J

28012 Madrid

Teléf.: 915 308 554 - Fax: 913 281 032

www.esediciones.es

info@esediciones.es

A mi madre

Diseño de colección: Alejo Ruocco

Diseño de portada: Vittorio Cacciatore

Servicios editoriales: Actis

ISBN: 978-84-92760-08-4

Depósito Legal: XXXXXXXXXXXXX

Impresión: Creapress

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito del editor.

Impreso en España



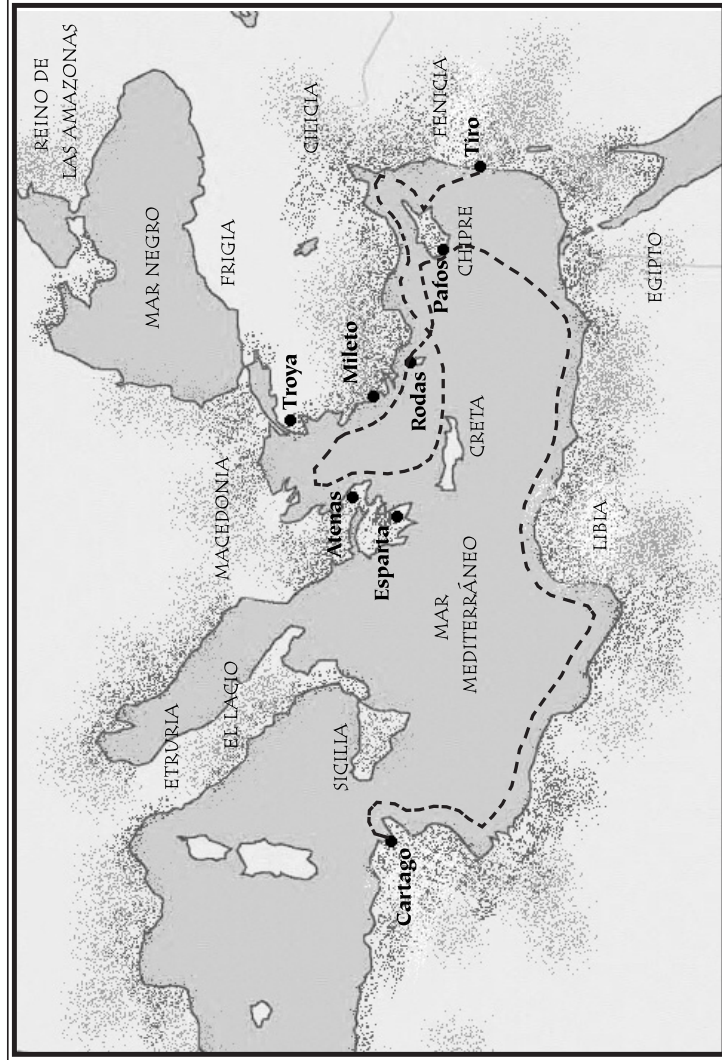
Isabel Barceló Chico (Sax, Alicante)

Es licenciada en Filosofía y Letras. Ha publicado numerosos artículos y relatos cortos en España y en México. Mereció la prestigiosa beca Valle-Inclán de literatura concedida por el Ministerio de Asuntos Exteriores para la Real Academia de España en Roma.

Entre sus obras publicadas destacan: *Descubriendo tesoros* y *Valencia* que tienen como objetivo la divulgación del patrimonio. Es autora del blog literario «Mujeres de Roma».

PRIMERA PARTE

UN TRONO EN PELIGRO



ITINERARIO MARÍTIMO DE LA REINA DIDO

I IMILCE Y KARO

Me gusta bajar a la playa al atardecer, cuando los pájaros regresan al nido y sus alas se recortan oscuras contra el cielo rosáceo. Hundo los pies descalzos en el agua y dejo a las ondas acariciarme los tobillos. Me hace bien sentir su mansedumbre, oír el griterío de las aves y ver difuminarse en el horizonte la línea que separa mar y cielo. Pocas cosas desasosiegan tanto a una anciana como contemplar el mundo suspendido entre dos luces. A mí, sin embargo, no me atemoriza. Quizá porque es el momento del día más propicio a los recuerdos y, apenas se los convoca, acuden con rapidez.

—Vinieron por allí —le digo a Karo extendiendo el brazo hacia la derecha, en un gesto carente de precisión.

—Me lo has dicho mil veces, señora Imilce —me responde con cierto descaro—. Sal ya del agua, se te van a arrugar los pies.

—¿Más aún? Anda, tráeme el lienzo para secarme. Y recuerda lo que te he dicho. ¿Lo has anotado en la tablilla?

No es mal chico y, según afirma su mentor, tiene buena letra. No pido mucho más: eso, y que sea diligente a la hora de pasar los apuntes a un rollo de papiro para después corregirlos. Algunas personas opinan que pierdo el tiempo. Por ejemplo, mi nuera. Yo

le respondo: ¿para qué querría ahorrar tiempo una vieja como yo? ¿Se detendría acaso si me sentase ociosa junto al fuego o pasara las horas quejándome de los mil dolores que me afligen? Ella no me contesta, claro, aunque me dirige comentarios sarcásticos cuando regreso a casa después de mi paseo vespertino. No lo entiende.

Si los dioses me hubieran concedido una hija o una nieta, no me tomaría tanto trabajo: desde niñas les habría repetido una y otra vez la historia de nuestra reina Dido y su fatal encuentro con el príncipe troyano Eneas, como hizo conmigo mi abuela. Con mis hijos ha sido imposible. Son capaces de reproducir, uno por uno, todos los movimientos que han visto en un combate de lucha griega; no se les olvida la lista de los enemigos de Cartago, pero ¡ay! no les interesa conocer a fondo el origen de esas enemistades. Un error que pagaremos en el futuro, porque cuando la bruma del tiempo borre el recuerdo de aquella primera ofensa, no se podrá medir su importancia ni ponderarse si es razonable o no mantener la discordia. El olvido, en estos asuntos, sólo consigue hacer interminable el reguero de agravios.

—¿Me has oído? Anota bien las últimas frases. ¡Creo que he dicho algo importante!

—No puedo hacer dos cosas a la vez, señora Imilce. Y si no te quedas quieta, no tendré manera de atarte las sandalias.

Mis nueras son jóvenes, desde luego, y aún pueden concebir hijas. Sin embargo, ¿quién me garantiza que viviré para verlo? ¿Y si pierdo la memoria o se me embrolla y soy incapaz de relatar lo ocurrido? Prefiero prevenirme. Por eso me llevo a Karo a todas partes y le voy dictando mis recuerdos según vienen. Además, me hace compañía y me alegra su desenfado juvenil. Ya tendremos tiempo luego de ordenarlos mejor. Y si me muero antes, él podrá hacerlo.

—¿Es cierto que tú misma presenciaste la llegada de los troyanos? —me pregunta mientras coge el manto tendido sobre la arena y me lo coloca sobre los hombros.

—Tan cierto como que te veo a ti ahora mismo. Una gran tormenta había desbaratado su flota, dispersándola por el mar. La nave de Eneas arribó a una bahía un poco más al este, no puedes verla porque está detrás de ese promontorio. El otro grupo de naves, que él creía perdidas, llegó justo aquí. Y en mala hora.

—Yo los odio —dice de pronto, cuando ya hemos tomado la cuesta de camino a casa.

—Pues haces mal. Odiar, odiar... Y seguro que no sabes por qué. ¿Comprendes lo que te decía antes? —le respondo airada.

Me pregunto si existirá un palmo de tierra conocida que no haya sido hollado por algún ser sufriente. Cartago y su playa no son una excepción. La propia reina Dido de Tiro y todos nosotros habíamos alcanzado esta costa huyendo de muchos dolores y traiciones. ¡Qué mujer! No sé de ninguna otra que haya experimentado el amor como ella ni haya padecido tanto por su pérdida.

Durante meses y meses y más meses habíamos navegado por los mares y al desembarcar aquí nos arrojamos al suelo y lo besamos. Yo más bien me caí, porque después de tanto tiempo en el mar me sentía mareada y torpe como un pato al pisar tierra. Ese es uno de mis primeros recuerdos de entonces, tenía poco más de nueve años. Estábamos desfallecidos pero muy alegres. Nos parecía haber llegado al final de nuestro sufrimiento. Y así fue. Hasta que se interpuso Eneas. Y los dioses, es preciso decirlo.

—Según mi maestro, es necesario consultar los augurios para no equivocarnos y actuar siempre según los dictados de la divinidad.

—Nadie conoce la voluntad de los dioses, hijo mío, hasta que se ha cumplido. Y para entonces no hay remedio que valga: suele ser demasiado tarde. La reina Dido era todo corazón. En cuanto a Eneas... No quiero ser injusta con él. Vayamos poco a poco y con prudencia, porque no se ha inventado una balanza para pesar las culpas en los conflictos humanos. Y, ahora, entra en casa delante de mí y, si te pregunta mi nuera, dile que nos ha retrasado un vecino. Nos ahorraremos una disputa.

II

UN SOBRESALTO EN LA NOCHE

—¡Barce! ¡Barce! ¡Despierta! —gritó la reina muy agitada.

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras mal? —preguntó la vieja nodriza. Acostumbrada a levantarse a cualquier hora, saltó de su camastro y espabiló la mecha de una lámpara de aceite colgada en la pared.

—He tenido un sueño —respondió Dido—. Un sueño horrible.

Dido se sentó en el borde del lecho. Temblaba a pesar de estar empapada en sudor. A juzgar por lo agitado de su respiración parecía faltarle el aire. Barce se acercó a ella enseguida y le apartó el pelo de la frente. Estaba pálida.

—Con tanto calor es imposible dormir bien. Pero ya estás despierta, así que tranquilízate, mi reina.

—Ha sido espantoso. Peor que una pesadilla. Y con una apariencia tan real... Lo he visto.

—¿A quién, querida mía? Oigo mejor que los perros y puedo asegurarte que no ha entrado nadie. Toma, bebe un poco de agua. Y vamos a la ventana, el fresco de la noche te sentará bien.

—He visto a Siqueo —respondió la reina sin moverse del lecho. No parecía atender las palabras de Barce, aunque bebió el agua de la copa ofrecida por la nodriza. Sus ojos miraban más allá de la oscuridad del cuarto, apenas aliviada por la luz de una lámpara de aceite y la escasa claridad que penetraba por la ventana.

—No es tan raro soñar con tu marido. ¡No lo ves desde hace más de siete días...!

—Tengo un mal presentimiento. Algo le ha pasado. Vistámonos—. Y cuando Barce quiso hacerla desistir atendiendo a lo intempestivo de la hora, atajó sus objeciones con sequedad—. ¡No me discutas!

Como activada por un resorte, Dido se levantó y, a toda prisa, se despojó de la túnica de noche y se vistió con la del día anterior. Revolvió en un baúl y se echó sobre los hombros un manto oscuro. Barce le recordó que iba descalza y aún se entretuvieron un momento las dos mujeres buscando las sandalias.

—Coge una tea y sígueme —dijo al soldado que montaba guardia ante la puerta de su dormitorio. El rostro del guardián reveló sorpresa al verla levantada a esas horas de la noche—. Vamos al templo de Melqart, pero nadie debe saberlo.

En la puerta del palacio, Dido y sus dos acompañantes se detuvieron. La noche era clara. Apenas sus ojos se acostumbraron a la luz de la luna y comprobaron que permitía ver lo suficiente, la reina ordenó al soldado apagar la antorcha. Amparándose en las sombras de las construcciones se deslizaron por las calles de Tiro. Estaban desiertas. Sólo se oía el roce de sus propias ropas y algunos maullidos lejanos. Dido marchaba detrás del soldado, pero estaba impaciente y lo apremió a caminar más deprisa. Sentía un perentorio ardor dentro de ella, como si llevara un carbón encendido en el pecho. Ni una sola vez se volvió a mirar si Barce la seguía, algo que la anciana lograba con esfuerzo, venciendo el lastre de la edad.

Al alcanzar el final de la calle que desembocaba en la plaza del templo de Melqart el soldado se detuvo y extendió horizontalmente su brazo derecho para frenar también a las mujeres. Había alguien en el interior del gran edificio. La luz oscilante de una o varias antorchas proyectaba su resplandor rojizo a través de los portones de bronce, una de cuyas hojas estaba entreabierta. Dido cruzó por delante del pecho los brazos y sujetó con más fuerza aún su manto oscuro.

—Vamos —susurró—. Hemos de averiguar qué pasa.

—Señora —respondió el soldado —no sé quién estará en el templo a estas horas, pero puede resultar peligroso. Habrá alguien vigilando la puerta.

—He dado una orden: no te he preguntado por los riesgos. Vayamos por la parte de atrás. Hay un par de ventanas estrechas recayentes al patio del templo y quizá nadie las vigile. Tratemos de llegar allí.

Y sin añadir nada más, retrocedieron por la misma callejuela y tomaron otras adyacentes para dar un rodeo y salir a la parte posterior del templo. Un muro de piedra, de la altura de un niño de ocho años, circundaba el patio sagrado. Antes de saltarlo, ya advirtieron que la luz del interior que se escapaba a través de los dos ventanucos era más intensa que la filtrada a través de la puerta.

Se acercaron en silencio y con muchas precauciones. Dido miró por una de las ventanas y al instante se apartó, llevándose una mano al corazón.

—Ahí están mi marido y mi hermano —dijo con un hilo de voz a Barce. Y ésta miró también.



—¿Y qué más, señora Imilce?

—Nada más, Karo. Cuando llegaba a este punto, Barce siempre se callaba. Es preciso aprender a respetar los silencios. También a mí me resultaba difícil contener la curiosidad, pero ella me enseñó a hacerlo. Son necesarios para el corazón. Y con frecuencia tienen más significado que las palabras, esto lo he comprendido con los años. Hay dolores tan hondos que no se pueden pronunciar.

III EN EL TEMPLO DE MELQART

Karo ha dejado en el suelo su colección de tablillas y reposa las manos sobre el regazo. De vez en cuando me mira a la cara y me observa fijamente, como si cada una de mis arrugas fuera un mapa secreto. Trata de descifrarlo e, incluso, de averiguar a través suyo lo que estoy sintiendo. Uno de los rasgos que más me agradan de él es, precisamente, su deseo de conocer y comprender. No se limita a copiar al dictado, como cualquier escriba.

—¿Por qué al hablar de tu abuela la llamas Barce? ¿Por qué no, simplemente, abuela? —pregunta al cabo de un rato.

—Porque no estamos escribiendo una fábula inventada por una anciana para entretener a los niños. Estoy contando una verdad o, al menos, una parte de la verdad. Pretendo que mi trabajo se tome en serio. Y, ahora, ¡Vamos! —le digo dando un par de palmadas —¡Coge de nuevo el cálamo y acabemos! Esta tarde bajaremos pronto a la playa. Nos hará mucha falta contemplar el mar.



Apoyadas contra la pared trasera del templo, Dido y Barce se sujetaban una a la otra, buscaban apoyo muto para no caer ni gritar. Una nube había cubierto la luna y ennegrecía la noche. Dido tenía la sensación de estar cayendo por un abismo. El corazón le estallaba en las sienes y le embotaba la capacidad de comprensión. La sangre de las venas se le había transformado en hielo. Barce se esforzaba en contener las arcadas que le contraían las entrañas y en mantenerse firme sobre las piernas. No podía ser cierto. Deberían volver a mirar a través del ventanuco, cerciorarse

de no haber sido engañadas por el miedo o la penumbra. Sin embargo, ninguna de las dos se sentía capaz de hacerlo. ¿Cómo podrían soportar de nuevo la vista de tanto horror? El soldado miró entonces por la otra ventana y su expresión les confirmó que no se habían equivocado.

Dos hachones en el interior del templo arrojaban luces y sombras y subrayaban el espanto de la escena. Junto al ara de los sacrificios del dios Melqart, sujetos a un clavo por las muñecas, pendían los despojos de un hombre. Un colgajo de músculos rojizos rezumantes de sangre, perfectamente marcados, como si fuesen obra de un artista. Aún colgaban de las rodillas y de los costados tiras de piel opacas y flácidas. Las mujeres habían reconocido a Siqueo por los cabellos y la barba, por la nobleza que aún quedaba en su rostro estragado por la tortura e inclinado, ya sin vida, sobre el pecho sanguinolento. Lo habían desollado vivo.

Varios soldados se movían cerca de él. Delante del altar, dando la espalda a la víctima, estaba Pigmalión, el hermano menor de Dido. Las mandíbulas y los dientes contraídos por la furia, los rasgos de la cara ensombrecidos. Un destello relampagueaba en sus ojos mientras observaba a unos hombres agachados a sus pies.

—¡Daos prisa! —los apremiaba a media voz—. Apartad cuanto antes esas losas. No tenemos toda la noche. El oro debe salir enseguida si este cerdo ha dicho la verdad...

Estas palabras, apenas audibles pero cargadas de malevolencia, arrancaron a las mujeres de su estado de estupor. Era urgente huir, ponerse a salvo. Venciendo la parálisis y la angustia de su ánimo, abandonaron con rapidez el patio del templo y recorrieron en sentido inverso las mismas calles desiertas hasta llegar al palacio. Dido apenas podía hablar, su mente era un torbellino que giraba y giraba incapaz de detenerse en nada. Sin embargo, sospechaba ya las razones por las que su marido había sido torturado y asesinado de modo tan cruel. Y tenía plena conciencia del

peligro. Antes de llegar al umbral de su dormitorio, se volvió hacia el soldado y lo miró a los ojos.

—¿Eres leal a tu reina? —le preguntó.

—Daré la vida por ti, señora.

—Entonces, busca un compañero para relevarte en la guardia —le dijo —y tú, sin perder un instante, ve a casa del Príncipe del Senado. Sácalo del lecho y tráelo enseguida a mi presencia. No le descubras nada, dile únicamente que lo llamo por un asunto muy reservado y urgente.

Cuando el soldado se marchó, las dos mujeres entraron en la habitación.

—¿Podemos confiar en él?

—Sin duda. De otro modo ya nos habría delatado a Pigmalión —respondió Dido—. Pero, ¿cómo me atrevo aún a hablar así? No hay en esta ciudad una confianza más vapuleada que la mía. ¿Has visto, Barce? ¿Viste a Siqueo...? Y ha sido mi propio hermano el asesino...

Las dos mujeres se abrazaron y Dido acarició el cabello de la vieja sirvienta. Barce tenía el corazón destrozado. Había recibido a Siqueo cuando apenas contaba unas horas de vida, lo había amantado de sus pechos al mismo tiempo que a su hijo, había crecido bajo sus cuidados. Si hubiera nacido de su propio vientre no lo habría amado más.

—Escúchame bien, Barce —dijo la reina deshaciendo el abrazo—. No podemos llorar ni lamentarnos. No ahora. Bien sabes cuánto significaba Siqueo para mí. Si me hubieran dicho ayer que hoy estaría muerto, me habría ofrecido a morir en lugar suyo. Pero no hay elección posible. Nuestras vidas están en juego y mi pueblo y mi corona también. Es preciso pensar, y hacerlo rápido si queremos salvarnos. —Y como la anciana continuaba sollozando con la cabeza gacha, le tomó con ambas manos el rostro y se lo levantó—. Mírame, Barce. Ayúdame a ser fuerte. No pienses que el aplazar el duelo atenta contra la dignidad de Siqueo o

apartará de nosotras la amargura. Cuando todo esto haya concluido el dolor nos estará esperando.

—Mi reina —interrumpió el soldado de guardia—. El Príncipe del Senado está aquí.

—Quieran los dioses iluminarnos para afrontar con acierto las próximas horas. Hazle pasar.

IV PELIGRO INMINENTE

Barce se retiró discretamente al fondo de la habitación apenas oyó al soldado anunciar la llegada del Príncipe del Senado. Se apresuró a arreglar las ropas del lecho de Dido y a retirar del suelo su propia yacija. Con las prisas por salir, todo había quedado revuelto. Esta pequeña tarea, la preocupación por no ofrecer al visitante la impresión de desorden y descuido, tuvo el efecto de entretener su mente durante unos instantes y amortiguar la pesadumbre.

La reina Dido recibió con deferencia a su invitado y con un gesto lo invitó a sentarse en uno de los escaños frente a la ventana. Era un hombre de edad y sus escasos cabellos blancos aureolaban un rostro enjuto que debió ser bello. A su lado, la reina parecía casi una niña. No había tenido tiempo de peinarse y su cabellera rubia le caía sobre los hombros. El manto oscuro la hacía parecer aún más menuda y, por contraste, destacaba y acentuaba la palidez de su piel.

—Me conoces perfectamente —dijo la reina, mirándolo a los ojos —y sabes que no te habría llamado a esta horas sin motivo. Necesito tu sabiduría y tu consejo. Fuiste el mejor amigo de mi padre y espero de ti lo que me habría dado él, si viviese.

—No te defraudaré. Y no necesitas tantas cortesías conmigo, tienes todo mi afecto y fidelidad, puedes hablar sin miedo.

Tu llamada me ha sorprendido hasta cierto punto. Últimamente tu hermano Pigmalión anda muy alborotado.

—Sobre él quería hablarte. ¿Han aumentado sus seguidores?

—Mucho. Sobre todo entre los jóvenes de la nobleza. Tiro es una ciudad muy apacible y ellos se aburren. Desprecian la paz y el comercio, los dos pilares sobre los que se asienta nuestra monarquía. Pigmalión les habla de la guerra. De conquistar nuevos territorios y, con ellos, riquezas sin fin. Sabe alimentar sus ambiciones y sus sueños. Les promete alcanzar fama y gloria en el campo de batalla, botines inmensos. Lo de siempre. Todo aquello que no obtendrían contigo en el trono.

—¿Ese grupo está maduro para destronarme? Y dime, en caso afirmativo, ¿quién me apoyaría?

El viejo senador juntó sus dos manos y con ellas se golpeó ligeramente los labios. Dido observaba su concentración, no quería interrumpirle pese a sentirse ansiosa. Al fondo de la estancia, entre las sombras, Barce escuchaba esta conversación sin apartar de su mente a Siqueo. Al cabo de unos minutos, el anciano volvió a hablar.

—Esto es lo que pienso: muchos jóvenes lo seguirían y arrastrarían a otros. Desde hace meses tu hermano trabaja en esa dirección. Lo tiene todo bien calculado. Sin embargo, le falta un factor muy importante: el dinero.

Esta respuesta puso en alerta a Dido.

—¿No encuentra entre sus amigos ni entre los prestamistas a nadie dispuesto a sostener económicamente una insurrección contra mí?

—Me gustaría responderte afirmativamente, pero faltaría a la verdad. Las guerras producen muchas riquezas y siempre hay desaprensivos dispuestos a invertir en ellas grandes sumas. Más todavía si está en juego un trono. Sin embargo, Pigmalión no está buscando inversores. De otro modo, yo lo sabría.

—¿Entonces? —preguntó la reina.

—O no se decide a dar el paso todavía, o no quiere depender de nadie para evitar verse luego obligado a devolver favores. Pretende demostrar a los suyos que es el primero y más fuerte, que tiene voluntad y capacidad para imponerse a todos los demás, incluidos sus propios aliados. Tratará de conseguir el dinero por sí mismo. No me preguntes cómo.

—Esa es la única pregunta que no necesito hacerte en este momento —contestó Dido con la mayor agitación—. Respóndeme ahora a la pregunta anterior: si mi hermano, en este mismo instante, estuviera en condiciones de atacar mi trono ¿quién estaría de mi lado?

—Mucha gente, mi reina. Bastantes senadores y caballeros. Los mercaderes y navegantes. Campesinos, pescadores y personas sencillas. Pero pocos de ellos saben manejar las armas. Tu hermano trataría de ganarse a las masas populares ofreciéndoles dinero. Para eso lo quiere, entre otras cosas. Y de cualquier forma, tendrá un ejército detrás. Seguramente estallaría un conflicto que ni siquiera podría llamarse una guerra civil, sino un exterminio. Pero no debemos ir tan lejos en esta conversación, basta con tomar precauciones. No hay un peligro inminente.

—Te equivocas. Ha asesinado a mi marido—. Y al decir esto, Dido no pudo reprimir las lágrimas por más tiempo. Se llevó un puño a la boca, intentando sofocar los sollozos.

De entre las sombras del cuarto salió Barce y, sin decir una palabra, le ofreció un lienzo para secarse los ojos.

—Creí que Siqueo se había marchado a cazar... —dijo el senador, tratando de reponerse de la sorpresa. Dido afirmó con la cabeza.

—Mi hermano se empeñó hace una semana en llevárselo de caza con él y un grupo de los suyos, con tanta insistencia que a Siqueo le fue imposible negarse sin ofenderlo. Anteanoche mi hermano se presentó en palacio y me transmitió un mensaje de Siqueo, según el cual estaba disfrutando mucho y pensaba seguir

cazando algunas jornadas más. Ha sido una gran mentira. Barce y yo acabamos de ver su cadáver en el templo de Melqart. Sí, amigo mío, el peligro es tan inminente que ha llegado ya.

—¿Qué quieres decir?

—Que sé de dónde piensa sacar Pigmalión el dinero: Siqueo, como único sacerdote del dios Melqart, custodiaba sus bienes sagrados. Mi hermano lo ha torturado hasta la muerte para arrancarle información sobre dónde está escondido el tesoro del templo.

—¿Por qué no has empezado por contarme esa atrocidad? —preguntó el senador, levantándose del asiento con lentitud—. Estamos perdidos.

—Era fundamental que tus respuestas y mis decisiones no estuviesen influidas por semejante crimen. Nada frenará ya a Pigmalión. Pero no está todo perdido: Siqueo lo ha engañado señalándole un falso escondite.

Y como la reina vio la perplejidad reflejada en el rostro del anciano, concluyó:

—Yo sé dónde está escondido el tesoro. Siqueo me lo reveló al casarnos. Siéntate otra vez, te lo ruego. Debo tomar una decisión y, sobre ella, hemos de hacer planes. El amanecer no ha de encontrarnos inactivos.

V

LA REINA DIDO TOMA UNA DECISIÓN

Ahora Karo empieza a comprender mis palabras acerca del respeto que merece el silencio. Lo he leído en sus ojos. Aunque trata de simular entereza, no ha dejado de impresionarle el instante terrible en el cual la reina Dido y Barce se enfrentaron a la barbarie. Un par de veces se le ha caído de las manos el cálamo y